



Reflexiones del Presidente de Honor

Antonio Ávila Chuliá



TRADICIÓN

*La tradición es una muralla de piedra hecha de pasados
que ciñe el presente*

Stefan Zweig

Con caminar lento, a la vez contenido, por aquello de evitar caídas no deseadas, me acerco a la plaza de la Virgen, donde tuvo lugar por la tarde-noche la tradicional “dansá” a la Virgen de los Desamparados, la cual da el pistoletazo de salida a una serie de actos en honor a la Patrona del Reino y Ciudad de Valencia cada segundo domingo de mayo, con independencia del día que caiga. Resulta curioso, pues esta fiesta se solemnizaba antaño cada 8 de diciembre hasta 1684, día de la Inmaculada; a partir de cuyo momento comienza a celebrarse en el mes de las flores.

Según refieren las crónicas, el fervor a la Virgen nace con el sermón pronunciado por Fray Juan Gilabert Jofré, un lejano 24 de febrero de 1409 en la Catedral valenciana, quien al ver el maltrato dado a un loco en la calle, altera el contenido de la plática que iba a dar a los feligreses, a los cuales demanda misericordia para los enfermos desatendidos, objeto de burla y malos tratos, “persecución irracional, tanto más cruel cuanto más inocentes, impotentes e irresponsables son las víctimas”. Funda el “Hospital dels Innocents, Folls e Orats”, donde acoge a los pobres dementes y expósitos, institución aprobada por el pontífice Benedicto XIII y el rey Martín I de Aragón. La capilla se dedica a Nuestra Señora de los Inocentes, popularizada más tarde como Nuestra Señora de los Desamparados. Hay un magnífico cuadro de Joaquín Sorolla de su etapa en Italia, propiedad de la Diputación, que inmortaliza el hecho: “*El padre Jofré defendiendo a un loco*”.

Reparo en las nutridas masas de gentes, familias enteras, procedentes de la huerta, de los pueblos cercanos a la capital, van alegres, en abigarrados grupos de todas las edades y condición. Acuden a la ciudad para acompañar a la Virgen y participar en el traslado, desde la Basílica a la Catedral, entre muestras de fervor, sin faltar en el recorrido requiebros, ovaciones, flores, sollozos, vivas... como aprendieron desde hace cuatro siglos de sus predecesores; raíces, cimientos socioculturales escogidos, atinados, legados de unas generaciones a las siguientes para ser conservados, se consoliden, y adecúen a nuevas realidades. Los observo con detenimiento, parece incongruente el dicho que la sensatez es un asunto de ancianos, pues entre la juventud la hay muy juiciosa, del mismo modo que entre las personas mayores milita la nada sensata.

La gran mayoría necesitamos de un referente en las heterogéneas etapas de la vida, precisamos basar nuestra actuación en algo o alguien a quien valorar por sus cualidades. Desde pequeños aprendemos a admirar a ciertas instituciones, personas, a exteriorizar ideas particulares, concretar definidas maneras de entender nuestra existencia, con filosofía propia, buena o mala, sin dejar de lado que la sensatez va ligada a la facultad de conducirse con racionalidad, con sentido común, lo cual suele ser la guía de nuestra existencia. Este conjunto de valores, usanzas transmitidas por medio de las múltiples generaciones se hace a través de la familia, amigos, escuela, y relatos orales de los mayores. De modo invariable, las grandes empresas han tenido y poseen atroces enemigos, fruto de envidias, rivalidades, deseo de alcanzar el poder, de ocupación territorial, sentimientos encontrados, frustración personal, odio... Me viene a la memoria los Tercios, como ejemplo de unión, en un tiempo en que España urgía defender sus territorios europeos con soldados fiables.

En los Países Bajos Españoles, la historiografía denomina a la milicia como Ejército de Flandes, el creado por la estirpe española de la progenie de los Habsburgo, los famosos Tercios, quienes acreditaron de lo que era capaz un militar audaz y experto, con la Cruz de Borgoña a sus espaldas y una daga al cinto. Mantuvieron, durante casi dos siglos el nervio de la Monarquía Católica, Carlos I al frente, eso es considerable para una nación deshabitada que en aquellos tiempos se impuso al mundo y conservó en paz a América, todo un continente, prodigio de eficacia organizativa de unos soldados, hombres de honor, siempre leales a su Rey y fervorosos católicos. La pujanza comercial y militar alumbró una leyenda negra contra España, en la cual colaboran con eficacia los luteranos quienes difundieron por Europa que los españoles eran ladrones, falsos, orgullosos y lujuriosos.



Han pasado algunos siglos, el español no debe caer de nuevo en la trampa de una leyenda negra basada en la envidia, ni olvidar, estamos orgullosos de la pasada historia, nuestro deber consiste en transmitirla a las generaciones venideras con luces y sombras, eso sí con más luces que la mayoría de los países de nuestro entorno. De momento, como muestra de la unión de un pueblo, admiremos el tapiz floral que luce en la fachada de la Basílica en el cual se honra, en primer lugar, a la Virgen de los Desamparados en su fiesta, del mismo modo las imágenes de San Vicente Ferrer, amigo de Juan Gilabert Jofré, con motivo del Año Jubilar declarado en el sexto centenario de su muerte, y del Padre Jofré.